

Presidente de la Organización Latinoamericana y Caribeña de Centros Históricos

From the Selected Works of Fernando Carrión Mena

December 28, 2013

Las fiestas de diciembre

Fernando Carrión Mena, Arq.

Las fiestas de diciembre

Publicado el 28/Diciembre/2013 | 00:49

Por: Fernando Carrión M.

fcarrion@hoy.com.ec

El propósito de enmienda de la sociedad desaparece y el sentido de ruptura con el futuro no se procesa

El mes de diciembre es para los habitantes de Quito un mes lleno de fiestas; se inicia con los festejos de la ciudad, sigue con los de Navidad y culmina con los de Año Nuevo. Todas estas fiestas tienen una carga simbólica de singular importancia para la sociedad: son una forma de romper la vida cotidiana para repensarse desde sus cimientos: la fundación española de la ciudad, el natalicio de Jesús y el fin de año que es la búsqueda de un nuevo amanecer. Es decir, todas estas fiestas están vinculadas a la cultura de la sociedad –no del Estado ni del mercado- en tres ámbitos distintos: la ciudad, la familia y buena parte del mundo, respectivamente.

Si bien el origen de estas tres fiestas decembrinas nace en la sociedad, cada una de ellas cambia con el tiempo y en estos últimos años con mayor fuerza. Las de la ciudad contraponen la resistencia indígena a la fundación; las de la Navidad sustituyen los valores religiosos a los embates del comercio y las del cambio de año a los deseos de prosperidad y propósito de enmienda con los de la culminación de un tiempo cronológico.

Son fiestas que construyen un “ritual del consenso” desde la propia sociedad; por eso cuando el Estado o el mercado los penetra terminan por desdibujarlas e, incluso, alienarlas. Las fiestas de Quito (en el ámbito de la confrontación resistencia-fundación) da la impresión que quedan en lo más fácil: la contratación municipal de cantantes internacionales que se presentan en puntos claves de la ciudad, de tal manera que el asistente se convierte en un actor pasivo que consume como audiencia y no como un actor activo que recrea su cultura. De esta manera se enajena el debate y se pierde el sentido del origen de la ciudad, que en mucho es anterior a su fundación española.

Las festividades de Navidad dejan de lado el valor religioso del nacimiento del niño Dios, para convertirlo en una marca o un gancho para, por un lado, la reconversión cultural con la presencia del trineo, la nieve, el Papá Noel y el Merry Christmas que son tan distantes a nuestro universo cultural para, por otro, convertirlos en la antesala de la penetración del mercado: se sustituye la casita de paja por el shopping center; el incienso y la mirra por la pelota o el ipad.

Y las fiestas de fin de año con la quema de los monigotes que simbolizan los hechos relevantes del pasado que quedan atrás; esto es, la interpretación que hace la sociedad de los hechos que vivió en la ciudad, el país y el mundo. Sin duda simbolizan una transgresión por la forma que adoptan (tipo caricatura en 3D), por los temas que abordan y por la manera de quemarlos con fuego.

Esta riqueza de la libertad de expresión y de construcción de identidades proveniente de sectores sociales (sindicatos, ONG) o grupos de base territorial (barrios) empieza a

deteriorarse gracias a la institucionalidad que propone: los llamados concursos con las “bases” donde se formaliza quienes participan, los temas y los formatos; pero también los lugares donde se exponen. Con ello se los descontextualiza o extirpa del barrio y se los ubica en una pasarela o tarima en un lugar distante; buscando una “espectacularización” que no cuestiona y eliminando la auto reflexión de lo ocurrido. De esta manera el “año viejo” ya no es de todos, sino de los que convocan a estos concursos, el propósito de enmienda de la sociedad desaparece y el sentido de ruptura con el futuro no se procesa; fomentando la promesa incumplida.